

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Correo de París*, por la Condesa de Almaviva.—*Tiempos antiguos y modernos*, por D.^a Angela Grassi. *Al caer de la tarde* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Hermosura del alma* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*A la Luna* (poesía), por el Marqués de Liedena.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINA:** *Figurín*, número 820.—*Grabado de Labores*.

CORREO DE PARÍS.

PARÍS, miquerida Aurora, se va poniendo insoportable: nadie se ocupa ya sino de los preparativos de viaje á los puertos de mar, establecimientos de baños, ó simplemente al campo, la que no puede hacer otra cosa. La mujer elegante solo se cuida de su traje de camino, compuesto de vestido y paletot de alpaca blanca, guarnecido de un biés de seda de color con botones de azabache, y los ojales figurados con trencilla del color del adorno. El paletot es cerrado hasta el escote, ligeramente ajustado al talle, y mas largo por delante y por detrás que por los costados; lleva un bolsillo horizontal á cada delantero, sin cartera, y con tres botones, y una portezuela á cada lado con el mismo número de estos. La falda es corta, y termina por un guarnecido en ondas, y su boton en cada una: encima hay un adorno de dos bieses que forman una portezuela alta al costado con cinco botones. El sombrero es de paja, de ala redonda, lisa, con un ramo de clavelinas azules por delante, puesto en un retorcido de crespon blanco, cuyas puntas flotan por la espalda como un velo. La sombrilla de viaje es de batista cruda, forrada de seda verde.

Las gentes ricas, á quienes sus negocios ó sus relaciones de familia impiden dejar á París, se indemnizan de este retraso dando fiestas campestres en sus jardines, que todavía hay algunos en barrios que no son muy céntricos.

Días pasados tuvo lugar una de estas funciones en casa de una señora extranjera que ha venido á

gastarse en París algunos millones. El jardín se habia transformado en una plaza de aldea en día de feria. Tiendas de juguetes, confiterías, alojerías, se hallaban convenientemente situadas, y lo que es mas singular, todo se servia con agrado y de valde. No faltaban saltimbanquis, gitanas que decian la buenaventura, y otros entretenimientos de esta clase.

Los caballeros habian obtenido permiso para presentarse vestidos de verano, con trajes de cutí, mahon y alpaca blanco con botones de plata cincelada.

Las señoras casi todas eran jóvenes y bonitas, y llevaban vestidos de muselina blanca, cortos de falda y escotados, con adornos de flores naturales: otras vestian de aldeanas, ó con trajes de diferentes paises, para hacerse mejor la ilusion de que se hallaban en uno de esos puntos cosmopolitas, donde se ven mezcladas todas las naciones del globo, ó en un gran bazar, en el que se exponian á la vista las mujeres mas hermosas de todas las razas.

El acontecimiento mas notable del mes de Junio en París, ha sido la boda de la señorita Cármen Aguado, con el duque de Montmorency. La ceremonia se celebró en la capilla de las Tullerías, en presencia del Emperador y la Emperatriz, dando á los novios la bendicion nupcial el cura de la Magdalena. La concurrencia fué lucidísima, asistiendo á ella las nobles familias de los desposados. Llamaba la atencion entre la esplendidez de la fiesta el magnífico tren del duque de Montmorency, en el que subieron los novios al salir de la capilla. Era un elegante cupé, con la caja amarilla, forrado de raso del mismo

color: la librea era también amarilla con galon de plata, con calzon y media encarnados.

Una de mis amigas me escribe de Londres dándome algunos detalles de la espléndida fiesta dada por el Príncipe de Gales, en obsequio del de Dinamarca.

Después de haber asistido por la mañana á la boda de la Princesa María de Cambridge, con el Príncipe de Tech, el Príncipe heredero de la Corona de Inglaterra, se trasladó con su esposa al palacio de Marlborough, en donde tuvo lugar el convite y el baile con que terminó la función. A las ocho entraron SS. AA. RR. en la gran sala donde había dispuesta una mesa para 30 cubiertos. El Príncipe de Gales daba el brazo á la Duquesa de Newcastle, y el Príncipe de Dinamarca á su hermana la Princesa de Gales.

Esta llevaba un magnífico vestido de gasa color de rosa, bordado de oro y adornado de guirnalda de rosas, sostenidas por broches de diamantes: un

rico collar de cinco sartas de perlas, ceñía su cuello alabastrino, y completaba su tocado una diadema de diamantes y perlas. Este traje, que reunía la sencillez á la riqueza, recibía nuevo brillo por la belleza de la Princesa, que es tan hermosa como simpática.

La mesa, tan espléndida como puede suponerse, estuvo servida á la francesa. A los postres, la Princesa se levantó para trasladarse, seguida de las damas, al salón del baile. Los caballeros se quedaron á fumar y beber, según la antigua costumbre inglesa.

Entre los convidados se distinguía Habib-Bey, que fué el héroe de la fiesta. Presentado á la reunión por el Príncipe de Gales, el noble egipcio fué objeto de las mayores atenciones, pues es proverbial la amabilidad y finura de la aristocracia inglesa para con los extranjeros, especialmente cuando son bien recibidos en su corte.

LA CONDESA DE ALMAVIVA.

INSTRUCCION.

TIEMPOS ANTIGUOS Y MODERNOS,

¡Si fuera posible que nuestros antepasados sacudieran el polvo de sus sudarios, y dirijiesen sus ávidas miradas sobre el antiguo teatro de sus gozes y dolores, cuánto y cuán grande sería su asombro al contemplar la metamorfosis que se ha obrado en cada uno de los ramos del saber humano, y por consiguiente en las costumbres!

Pero concretándonos á un solo punto, ¡cuánto y cuán grande sería su asombro, repetimos, si al oír las campanas de la tarde, á cuyo toque solemne rezaban el Ave-María, viesan que en vez de reunirse como ellos en derredor de una larga mesa, y entregarnos á los placeres de una pacífica cena, para saborear luego los del descanso razonable que termina con el alba, nos lanzábamos á la calle en busca de placeres tumultuosos; á las calles inundadas de luz, casi remedo del sol brillante, en donde vaga una multitud, ya inquieta y apresurada que se abre paso por medio de denuestos y empujones, ó ya negligente y ociosa, que se va parando delante de cada tienda para admirar los diges, las telas, las joyas que codicia, y que quizás, como Tántalo, nunca logrará poseer.

Y para completar el extraño, pero animado cuadro, el ruido de los infinitos coches, que van, vienen y cruzan por todas partes; el murmullo, semejante al de las olas del mar, que forman las conversaciones de los transeúntes, y los gritos destemplados de las mujeres y los niños que venden pe-

riódicos y fósforos, cosas ambas para ellos completamente desconocidas.

¡Inmenso sería su asombro, y mucho mas comparando el aspecto que ofrecían en su tiempo estas mismas calles, mudas, lúgubres y oscuras, iluminadas tan solo á largos trechos por la lámpara que ardía delante de la capillita de una Virgen, ó de la elicie de algun santo groseramente esculpida, siendo lo único que despertaba á los callados ecos, el ¡ay! del infeliz que sucumbía al puñal del asesino.

En efecto, entonces el temerario que se atrevía á cruzar de noche las calles, se veía precisado á proveerse de un farol, cuando no era bastante rico para que sus criados le acompañasen con hachas encendidas.

Increíble parece, pero hasta en 1666, no empezó á introducirse el uso de las linternas, cuya luz opaca, agitada por el viento, solo servía para hacer mas ostensible la densidad de las tinieblas.

Menos en Londres, cuyos vecinos estaban obligados á suspender una linterna de cada una de sus ventanas, produciendo de este modo una agradable iluminación, en las demás capitales este alumbrado, de por sí tan mezquino, era muy escaso, y en Madrid nadie ignora que la colocación de algunos faroles, en el último tercio del pasado siglo, produjo el famoso motin contra Esquilache.

Por fortuna á la luz incierta de las linternas sucedieron los reverberos de luz algo mas fija y espléndida, pero solo al gas hidrógeno estaba reservado recoger el cetro que el sol deja caer cuando se oculta en el ocaso, y si bien el resplandor que difunde es mucho menos vivo, no por esto satisface menos nuestro orgullo; porque le hizo brotar de la iner-

cia en que yacía el soplo vivificador del ingenio humano.

Al inglés Villam Mardoeh se debe tan útil descubrimiento, y aunque tuvo que luchar con muchos obstáculos para dotar á su nacion con una mejora tan inmensa, logró por fin ver coronados sus esfuerzos en 1813, en cuya época el pueblo de Lóndres quedó asombrado, pues nunca sus noches lúgubres y sombrías habian sido iluminadas con un resplandor tan vivo y prodigioso. Desde allí el nuevo invento se propagó á los Estados-Unidos, y despues á todas las capitales de Europa.

El progreso se forma por medio de un encadenamiento de adelantos simultáneos, que concurren al mismo fin: cuando las calles estaban envueltas en densa lobreguez carecian de empedrado.

A pesar de haberse hallado restos de pavimento en las calzadas de Pompeya y Herculano, lo cierto es que Roma, la dominadora del mundo, se contentó con construir magnificas vías para atravesar los campos, y ni siquiera fijó su atencion en las enlodadas y sucias calles de su Metrópoli alta; aun en la época de su mayor esplendor, el carro triunfal de los conquistadores entraba en Roma deslizándose sobre el fango, y lo mismo sucedía en las ciudades de la antigua Grecia, tan célebres no obstante por la grandeza y hermosura de sus monumentos.

Nuestra España fué en este punto la nacion mas afortunada, y semejante ventaja la debió á los árabes, tan idóneos para las artes y las ciencias, y tan amantes de lo culto y de lo bello.

Córdoba, la sultana, fué la primera ciudad de Europa que ostentó sus calles embaldosadas, merced al celo del ilustre califa Abderrámen II, que reinó en el siglo IX, el cual hizo tambien construir los tubos ó cañerías de plomo para abastecerla de aguas.

Las demás capitales de la península siguieron el ejemplo de Córdoba, y aunque el pavimento suele estar formado de cantos puntiagudos, y aunque sus aceras son estrechas, no por esto dejaban de ofrecer al transeunte mayor comodidad y limpieza.

París fué la segunda ciudad que adoptó un empedrado para sus calles, aunque muy inferior, y esto no sucedió hasta en 1184.

En cuanto á Lóndres, solo en 1417 introdujo esta mejora tan útil, y su magnífica calle Holbom fué la primera que obtuvo un pavimento.

¡Y si esto sucedía en las grandes poblaciones, ¡no es de estrañar el completo abandono en que yacian las de menos importancia!

Berlín no embaldosó sus calles hasta el siglo XVII, y en Varsovia hace muy pocos años que el calzado triunfa del inmundado lodo.

En el día, el empedrado mas perfecto que se conoce es el de las ciudades de Holanda y las de Italia, en particular Milan y Florencia, cuyas anchas losas, blancas y limpias, cautivan los ojos, y ofrecen una comodidad incalculable al presuroso transeunte.

Otra innovacion importante se ha introducido ahora, debida á la Inglaterra, y esta consiste en utilizar el betun y el asfalto, que proporcionan tan buenos resultados.

Sin embargo, preciso es que el moderno ingenio, halle

alguna otra clase de empedrado mas sólido, supuesto que ninguna de las conocidas ofrece bastante resistencia contra los carruajes, que se han aumentado de un modo prodigioso.

Y hablando de estos vehículos tan cómodos y útiles, diremos que por las mismas razones su origen es muy remoto, pues se encuentran en todos los pueblos de la antigüedad, aunque variando de forma hasta lo infinito.

Créese no obstante que los Frigios fueron los primeros en usarlos. Los tiros de estos carruajes, ó mas bien carros, variaban tambien segun los diferentes paises: los unos empleaban caballos, asnos, mulas y bueyes; los otros camellos, elefantes, ciervos, jabalies, y hasta tigres y leones, del mismo modo que los habitantes del Polo emplean para sus trineos los rengíferos y los perros.

En Roma las carrozas llegaron á hacerse muy comunes; pero solo las personas de cierta categoria tenían derecho para usarlas.

En cuanto á nuestros buenos Reyes de la edad media, no se servian mas que de carros groseros, tirados por cuatro bueyes, cuando salian á recorrer sus estados y á recibir los presentes de los pueblos.

Mas tarde, usaron literas descubiertas; pero estaban reservadas para las reinas y las damas de la corte.

Los Príncipes y los magnates solian cabalgar sobre hermosos caballos, y tambien las altivas castellanas, aunque éstas iban generalmente á la grupa.

La reina Margarita de Francia, introdujo posteriormente la moda de las sillas de mano, que al principio estaban descubiertas.

Las primeras carrozas que se inventaron, tales como nosotros las conocemos, fueron redondas y no podian contener mas que dos personas. Las puertezuelas de cuero, se bajaban para entrar, y no tenían mas abrigo que unas cortinillas. El célebre Basompierre, en el reinado de Luis XIII, fué el que dió el ejemplo de sustituir las cortinillas con cristales.

Por lo demás, en la época de Francisco I, no se contaban en Francia mas que dos carrozas, de las cuales la una pertenecía á la Reina, y la otra á Diana, hija natural de Enrique II, y aunque atendida á su comodidad se generalizaron despues de un modo portentoso, durante mucho tiempo solo estuvieron reservadas á las mujeres, á los viejos y á los enfermos: los hombres iban montados en caballos ó mulos, y se presentaban en las visitas con botas y espuelas.

A medida que los coches se iban convirtiendo en objetos indispensables de comodidad y lujo para todas las clases de la sociedad, mejorábase tambien su construccion, inventándose sucesivamente el cupé, la calesa, la berlina y las sillas de posta.

Pero por una estraña aberracion, hasta 1622 no se estableció un servicio de postas regular para la correspondencia pública, en interés del comercio y los negocios, y datan de una época muy cercana á la nuestra, los coches de camino, las diligencias y los demás carruajes destinados al servicio de los viajeros, como asimismo los de alquiler para ir de un punto á otro en las grandes poblaciones. No obstante, si su instalacion ha sido tardia, su propagacion en cam-

bio ha sido rápida, y quizás no pase mucho tiempo sin que la fugaz locomotora atraviése silbando nuestras calles, haciendo guerra al tiempo y á las distancias!

¡Dichoso siglo el nuestro, en el cual cada mañana al abrir los ojos se ofrecen á nuestra consideración nuevas y estupendas maravillas!

Pero ¡ay! las fuerzas humanas son sobrado débiles para poder abrazar á la vez dos opuestos polos: cuando se dirigen al uno pierden de vista el otro, y de este modo nunca jamás es completo el equilibrio!

¡Mientras nuestras miradas cuentan y analizan los átomos de la tierra, no ven las estrellas que brillan en el cielo; mientras los sábios, absortos en su grande obra, examinan el mundo físico, pierden de vista el mundo moral,

y si conquistan comodidad y regalo para el cuerpo, no piensan en adquirir comodidad y regalo para el alma!

Oh! siglo diez y nueve, si fueras tan creyente como sabio, si fueras tan honrado como luminoso, los hijos que tú engendras se convertirían en semidioses!

Pero no: la perfección del hombre está en los cielos: su reino no es de este mundo, como lo dijo el Salvador divino. Aquí, lugar de expiación y de quebranto, solo viene á luchar con el dolor, con la flaqueza, con las malas pasiones, y haga lo que haga, no podrá ostentar jamás la palma de una completa dicha, que solo crece y se ufana tras ese azul pabellón que cobija nuestras frentes!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

AL CAER DE LA TARDE.

I.

Esos vapores que la tierra llora
Y en bruma opaca sobre el monte giran;
Esa lánguida niebla que los campos
A los cielos envían;

Esa pálida estrella que despunta
Con muerta luz tras la lejana ermita;
Esos fuegos que brotan en las nubes
Como fugaces chispas;

Esa inquietud con que la fuente gime;
Ese susurro de la selva umbría;
Ese rumor perdido entre las hojas
De las flores dormidas;

Es la muerte del sol que ya se apaga;
Es la luz soñolienta que vacila;
Es el primer lucero de la noche,
Es la tarde que espira,

II.

Dicen que cuando el sol ha descendido
Hundiéndose en las cumbres y en los valles;
Cuando la luna besa desde el cielo
Los mundos y los mares;

Cuando trémulas brillan las estrellas
Como los dulces ojos de los ángeles;
Ojos ¡ay! que se cierran ante el mundo
Y que ante Dios se abren.

Triste rumor se eleva á las alturas,
Que brota de cabañas y de altares,
Lo mismo de la choza del mendigo
Que de régios alcázares.

Esa es la voz del alma que suspira;
La dulce voz del hijo y de la madre,
La oración del hogar que al cielo vuela,
La oración de la tarde!

III.

Cuando ya ha muerto el sol; cuando la noche
Cubre la tierra con oscuras gasas;
Cuando los ecos de oración ferviente
Los céfiros arrastran;

Cuando arrojan fantásticos rumores
Los senos de las lúgubres montañas,
Cuando se quejan los lejanos ríos,
Y llora la campana,

Un ángel con dulcísima sonrisa
Desciende á nuestra plácida morada,
Y el lecho de la virgen y del niño,
Resguarda con sus alas.

Es el ángel del sueño y los amores,
La estrella hermosa de virtud bañada,
El ángel del silencio y los hogares,
El ángel de la guarda.

A. F. GILLO.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

Hacia tiempo que Matilde y el doctor celebraban ciertas conferencias en secreto; al finalizar una de ellas Matilde había preguntado, para cuándo estará concluido.

—Para fines de otoño, habíala contestado su buen tutor.

—En ese caso, repuso la jóven con el rostro animado por

una dulce sonrisa, para fines del otoño la llevaremos á Montbrison, y no ha de faltarnos pretexto para dejarla sola en la isleta de los sauces.... Nuestra compañía quizá la molestaria en los primeros instantes de emocion.

—¿Conoce aquel sitio?... preguntó el doctor á su pupila.

—¡No le ha de conocer! repuso ésta con viveza, si es nuestro retiro predilecto.

—Entonces, no temes que descubra nuestro secreto? Puede ir ella á pasear...

—No, eso no es de presumir, porque siempre paseamos juntas, y buen cuidado tendré yo de no encaminar el paseo hácia la isla; ya encontraré razones para ello. ¡Enriqueta es tan complaciente! paseará por donde yo quiera... ¡Pobrecita! ¡qué sorpresa le aguarda! ¡Qué día de gozo y de dolor á un mismo tiempo! Entonces... mi querido tutor, entonces el parque nos pertenecerá por igual.

—¿Qué tienes, hija mía, por qué lloras? Preguntó el buen Montreal reparando en dos gruesos lágrimonos que surcaban el rostro de Matilde.

—Me acuerdo de mi padre, respondió la jóven sollozando.

Oh, ¿por qué nos dejó? ¡Le hubiera yo amado tanto!... y ahora, ¡quien sabe si volveremos á verle!... quizá se halla sepultado en tierra extraña.

Montreal no supo qué contestar, y adoptó el partido de callar.

—¿Nunca os ha escrito? preguntó de nuevo Matilde.

—Solo dos veces en el primer año de ausencia, la primera carta fechada en Marsella, la segunda á bordo de la fragata *Belona*, que debía dar vuelta al mundo. Vuestra tia me pidió esas cartas, y no me las ha devuelto.

—¿Creéis que le volveremos á ver? preguntó Matilde con la voz embargada por la emocion.

—Hace diez y seis años que lo espero en valde, respondió Montreal meneando tristemente la cabeza.

—¿Es decir, que ya no abrigais esa esperanza? repuso la jóven con desaliento.

—La esperanza es lo último que en el hombre muere; hay momentos en que la mía renace.

—Desde niña, exclamó la jóven con amargura, he sido víctima de la desgracia. Mi nacimiento costó á mi madre la vida, y la muerte de mi madre arrancó de mi lado á un padre que no me ha visto mas que un momento, y á quien yo no veré jamás.

—Hija, todos nacemos para ser víctimas de la desgracia, mas tarde ó mas temprano.

¿Quién no tiene golpes que sufrir?... Unos, como tú, quedan huérfanos en la cuna, y no tienen, como tú, los recursos para vivir cómodamente, por lo cual véanse obligados á luchar con el hambre y la miseria. Otros, como la señorita de Waldbourg, nacen colmados de los favores de la fortuna, rodeados de una madre, de un padre querido, felices desde la cuna, felices algunos años, y de improviso, como Enriqueta, ven desplomarse el edificio de su felicidad. La vida es una lucha contra la suerte, y contra nosotros mismos, contra los acontecimientos, y contra las pasiones que añaden al peso del infortunio el de nuestra rebeldía contra la Providencia... Todos creemos merecer mas

de lo que se nos dá. Quisiéramos gozar en la tierra de una dicha que solo se halla en el cielo; para llegar á él fuerza es atravesar este valle de lágrimas, este lugar de pruebas. Por eso la resignacion, hija mía, es el tesoro de los buenos... Esa preciosa virtud nos hace dignos de la paz que solo ella puede dar.

—Oh! exclamó Matilde. ¡Cuán cierto es lo que decis, pero á veces es tan difícil resignarse!... ¡Pobre Enriqueta!... Ella me ha enseñado esa virtud. Antes de conocerla era yo injusta, soberbia, y egoísta, y no es eso lo peor... si no que á veces lo soy todavía un poco.

—Conocer sus defectos, repuso Montreal con acento bondadoso, es tener mucho adelantado para corregirlos.... Aprender á resignarse es dar un gran paso hácia la felicidad que podemos pretender en esta baja esfera.

XV.

Ya el otoño comenzaba á teñir de amarillo las hojas de los árboles, cuando una mañana el doctor, su esposa, Enriqueta y Matilde, se pusieron en camino para dirigirse al parque de Montbrison; Matilde iba agitada, el doctor pensativo, su mujer grave, y al parecer algo triste; solo Enriqueta se mostraba serena, como un alma feliz á causa de la moderacion en los deseos.

En los tres años que habia pasado en Mont-Dor, nada habia perturbado la calma de que gozaba en el seno de una familia respetable, familia que ya miraba como suya, tanta era la bondad, el cariño y el aprecio con que se veía tratada; para colmo de satisfaccion, creíase útil á la par que agradable y querida. Por lo tanto no pensaba en volverse á Riga, por mas que algunos parientes y amigos de su padre se lo aconsejaban. ¿Qué le ofrecía aquel pueblo? Solo el triste recuerdo de su perdida opulencia. En Francia, por el contrario, nadie sabia lo que habia sido ni lo que hubiera podido ser; allí era querida por sí misma; el mas vivo reconocimiento pagábala con usuras los cuidados que á Matilde prodigaba... haciendo bien sentíase feliz; además separarse de las cenizas de su padre hubiérala causado una pena casi igual á la que habia sentido cuando la muerte los habia separado. Sentía cierto placer mezclado de tristeza al adornar con flores la modesta sepultura donde yacian los despojos de aquel padre querido; dejar al tiempo que nivelara el montecillo á cuya sombra dormía el sueño del justo, hubiéralo creído un acto de ingratitud. Ligábala, pues, á aquellos sitios, por un lado el respeto filial, y por otro el mas profundo reconocimiento.

Apenas entraron en el parque de Montbrison, Matilde dirigió á su tutor una mirada inquieta y suplicante. Montreal la guiñó al ojo, y dijo encarándose con Enriqueta. ¡Sin cumplimiento!... Podeis dirijiros hácia vuestro retiro favorito. Dentro de poco iremos todos á buscaros en la Isla de los sauces.

Enriqueta miró á Montreal un poco sorprendida, y Matilde añadió:—Vé, vé á esperarnos allí, querida hermana, no tardaremos un cuarto de hora en reunirnos los cuatro.

—¿Qué tendrán que hacer aquí los tres? pensó Enriqueta; de seguro que tratan de prepararme alguna sorpresa, dejémoslos, y en alta voz añadió tomando el camino de la isla:

—Os dejo libres... hasta la vista, señores.

En cuanto la vieron torcer el recodo de una calle de árboles, corrieron los tres á toda prisa á tomar una senda que abreviaba el camino de la Isla de los sáuces.

La Isla de los sáuces formábase un riachuelo cuyas orillas bordaban triples hileras de sáuces llorones; en el centro habia una pradera esmaltada de flores: arribábase á ella por senderos tortuosos, uno conducía á una cabaña sencillamente amueblada. En aquel lugar solitario ningún ruido impedía que se percibiera el murmurio de las ondas y el canto de las aves, que se hallaban en pacífica posesion de la isla, cuyas entradas eran dos puentecillos de madera, uno y otro levadizo.

Enriqueta se detuvo en el uno un breve rato, y despues tomó el sendero que conducía á la pradera. De improviso descubrió un objeto blanco que aparecia entre el follaje, y cuya forma no podia distinguir. Admirada, redobló el paso, y entonces apareció á su vista un obelisco de mármol blanco que se destacaba graciosamente sobre aquel grupo de flores y verdura... Acercóse mas, y distinguió una inscripcion grabada en letras de oro. Enriqueta, en alas de la mas viva curiosidad, voló junto al mármol, y... ¿Cómo pintar su emocion al leer estas palabras?.....

«A la memoria de un hombre honrado, Gualtero Walbourg, de Riga, víctima de un no merecido infortunio. Murió en tierra estraña.»

»Paz á sus cenizas, y gratitud eterna á su hija Enriqueta.

»Ella quiso repartir conmigo la herencia que su padre la habia dejado, sus talentos, sus dulces virtudes.

»¡Qué Dios derrame sus bendiciones sobre la noble maestra de Matilde Valency.»

La sensible jóven, desecha en lágrimas, cayó de hinojos ante aquel monumento elevado á la memoria de su padre; sus lábios dejaron escapar sonidos inarticulados; los sollozos agitaron su pecho. Todos los recuerdos adormecidos habíanse despertado á la vez, recuerdos de la infancia, recuerdos de la patria perdida para siempre, recuerdos de la muerte de su padre sobre una tierra estraña, muerte precedida del mas amargo dolor.... El pensamiento de Matilde vino á mezclarse al fin con tantos pensamientos amargos.

—Oh, padre! padre mio! Matilde! querida hermana! decia con voz ahogada rodeando el obelisco con sus brazos. ¡Bendita sea tu piadosa gratitud, que honra en pais estraño al que vino á morir de dolor, léjos del suyo!

—Enriqueta! dijo á su lado una voz impregnada de dulzura y melancolia.

Enriqueta estremeciése, volvió la cabeza, y se halló junto á Matilde, que la tendia los brazos.

Arrojóse en ellos, y ambas estuvieron largo tiempo abrazadas y llorando en silencio.

—¡Oh, hermana mia! exclamó por fin Enriqueta. El Señor te recompense... y si te lo recompensará... Ven, ven! Vamos á pedirle que te devuelva tu padre; arrodíllate junto á mí, y unamos nuestras plegarias. El Señor es infinitamente bueno, y él mismo nos dijo: Pedid y recibiréis... Pidámosle, pues, el regreso de tu padre.

Las dos huérfanas se postraron de rodillas y oraron en silencio: ningún ruido las interrumpia, y no obstante, ape-

nas se levantaron, halláronse tiernamente abrazadas por sus padres adoptivos.

La emocion de los cuatro era viva y profunda: ninguno fué dueño de pronunciar una frase; cerca de allí habia un banco de piedra, y á él fueron á sentarse callandito... Enriqueta enlazaba con su brazo el talle de Matilde, y apoyaba la cabeza encima de su hombro; una y otra lloraban todavía, pero su llanto habíase dulcificado mucho.

—Mi querida Enriqueta, dijo por último Montreal rompiendo el silencio, las virtudes que habeis desarrollado en el alma de mi pupila comienzan á dar fruto. Creo en su bondad. Creo que participa de los sentimientos generosos que os animan; muy luego tendrá ocasion de probárnoslo con la práctica.

—¡Cómo! dijo Matilde volviéndose con viveza.

—¡Aquí! repuso Montreal en tono solemne, á vista del monumento elevado por Matilde al hombre que perdonó al morir al autor de su ruina y la de su hija; pregunto á Matilde si se halla pronta no solamente á perdonar, sino á volver bien por mal.

—No comprendo, repuso la jóven....

—Vais á comprenderme, hija mia, vuestra tia y Paulina han menester de consuelos. Mr. de Alhemar ha muerto... Dentro de pocos dias su viuda y su hija estarán aquí...

Matilde palideció al oirlo... al pronto la turbó la idea de ver á su tia... Despues al oir que Mr. de Alhemar no existia, vertió algunas lágrimas, exclamando:

—¡Pobre tio!... Vágame Dios!

Mad. de Montreal y su marido se alejaron con un pretesto, y dejáronla sola con Enriqueta, seguros de que nadie mejor sabia el camino para llegar hasta el corazon de Matilde.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

Á LA LUNA.

«Llévate en pos la desmayada luna;
Muy tristes para mí sus rayos fueron,
Pues mil promesas por su faz me hicieron,
Y nunca; oh luz! se me cumplió ninguna.»

D. R. Campoamor, A LA LUZ.

¿Por qué á mi vista fulgurosa subes
Mostrando el rostro de bruñida plata?
¿Por qué de nieblas y apiñadas nubes
No un velo impenetrable te recata?

¿Por qué serena noche presidiendo,
De mil estrellas tachonado el manto,
Vas raudales de luz pura vertiendo,
De esa luz que yo amé, y era mi encanto:

De esa luz que mi pecho conmovía
 Cuando en tu rostro el de mi amada viendo,
 En plácido entusiasmo se encendía
 De tí y de amor la inspiración sintiendo?

Grato era entonces contemplarte al alma
 En luz bañando las pintadas flores;
 Grato era ver en reposada calma
 Al mundo entero respirando amores.

Porque miraba el alma en la ventura
 De la tierra que ufana te adoraba,
 Una promesa ¡ay mí! firme y segura
 De cumplir la esperanza que abrigaba.

Porque al fijar en tí mi vista ardiente,
 El corazón que de placer latía,
 Que otros ojos estaban igualmente
 Mirándome en tu faz, necio creía.

Mas alzó la verdad la oscura venda
 Que puso ante mis ojos la ilusión;
 Ellos te vieron, sí, verdad tremenda,
 Pero abrasó tu luz mi corazón.

Ya desde entonces la callada noche
 ¡Oh, Lucina! contemplo sin encanto,
 Y de la flor el esmaltado broche,
 Y de las aves el sentido canto.

Ya me es enojo el brillo que despides;
 Y si lanzas tu luz sobre mi frente
 Cuando del cielo los espacios mides,
 La abrasas como hierro escandesciente.

Ya no eres diosa para mí de amores,
 Ni ya tu luz el corazón recrea,
 Que eres maga que solo augura horrores
 Y de muerte es tu luz funesta tea.

No luzcas, no, á mis ojos conturbados,
 Y si á los cielos por mi daño subes,
 El aquilón y el nido desatados,
 Tu faz circunden de apiñadas nubes.

Nubes que surquen con su luz sangrienta
 Ardientes rayos, fúlgidas centellas;
 Y al espanto del trueno y la tormenta
 En sus ejes retiemblen las estrellas.

Así la ingrata á quien tu nombre un día
 Pude yo dar en mi entusiasmo necio,
 No te osará mirar, ni su falsía
 Hará de tí, como de mí, desprecio.

Desprecio, sí, por cierto merecido,
 Pues del mundo olvidado, y aun del cielo,
 A su mentido amor me ví rendido,
 Débil, regando con mi llanto el suelo.

Llanto arrancado por la vez primera
 A la altivez de mis enjutos ojos;
 Llanto que en sangre convertir quisiera,
 De mi pecho arrancada con enojos.

Mas llanto puro, de falacia ageno,
 Como fué para mí tu luz un día,
 Cuando de ingratitud mortal veneno
 No recelaba la ventura mía.

Puro como los himnos que cantaba
 Al descubrir ¡oh, luna! tu creciente,
 Puro como las quejas que lanzaba
 Cuando cesabas de alumbrar mi frente.

¡Y lo pudo olvidar! ¡pérfida, ingrata!
 ¿Y de burla ¡oh, baldón! le sirve ahora?
 ¿Y al ver tu rostro de luciente plata
 Ni tierna gime, ni afligida llora?

¡Ay! vela, vela el fúlgido semblante
 De espesas nieblas y apiñadas nubes,
 Si en tu carro de nítido diamante
 Es que á los cielos por mi daño subes.

Mas si amenaza su vida
 El peligro más ligero,
 Muestra tu faz encendida,
 Y verás de un caballero
 La venganza más cumplida.

Venganza digna de mí,
 Amparando á quien me mata,
 Porque podamos así,
 Ella obrar como una ingrata,
 Y yo como quien nació.

Que si infiel me despreció
 Faltando á su juramento,
 Ya para mi amor murió;
 Mas faltará el firmamento
 Primero que falte yo.

EL MARQUES DE LIEDENA.



LABORES.

Las dos que hoy ofrecemos á nuestras lectoras son de tanto gusto como reconocida utilidad, ocupando tanto por esta razon, como por su ejecucion fácil y su poco coste un lugar muy preferente en la rica coleccion de Labores que les lleva ofrecido nuestro Semanario: es la una un fleco hecho con estambre de dos colores y *aguja-crochet* de madera, destinado á guarnecer cortinajes, colchas, tapetes, abrigos de niños, etc. La otra, que es la primera del grabado, señalada con el núm. 1, es una puntilla, imitacion de encaje, á propósito para enriquecer lenceria fina, para lo cual se ejecutará con algodón de Irlanda, núm. 100.

Confecciónase el fleco (núms. 2 y 3) de dos ó mas colores, segun el objeto á que se destine, y se cortan numerosos cabos iguales, de doble tamaño del necesario, para lo cual se señala una medida, retorciendo luego cada dos cabos juntos, muy retorcidos, para que al doblarse se retuerzan ellos otra vez por sí solos, quedando mas mezclados los colores: despues de concluido cada cabo del fleco se fija con un punto de *crochet* como muestra el grabado núm. 3, y de este modo ya no puede deslizarse. Cuando se haya dado al fleco la estension necesaria, se ejecuta la cabeza de él con la misma *aguja de crochet* en esta forma:

Se echa la hebra sobre la *aguja* y se saca un punto, repitiendo esto mismo dos veces, con lo que resultan seis puntos en la *aguja*, sacando luego otro nuevo punto por todos, y acabando de sujetarlos con un punto sencillo. La segunda vuelta que va sobre esta haciendo picos, se obtiene ejecutando sobre cada punto sencillo 1 p. d., * 3 ps. s., 1 p. d., 1 p. d. en el punto sencillo siguiente,* y se repite.

Para la *puntilla*, de un dibujo que imita al verdadero encaje, es necesario hacer separadamente las rosetas, empezando cada una por el centro y por siete puntos, que se cierran en círculo.

1.^a *Vuelta*. 3 ps. lis. para imitar la primera barra, * 4 ps. s., 1 bar. en el punto que sigue en el círculo,* y se repite de señal á señal siete veces, lo que dará por resultado una vuelta de ocho rayos sobre el círculo del centro. Se termina la vuelta por cuatro puntos sencillos, que se unen á los que forman la primera barra.

2.^a—6 ps. d. en cada presilla de los cuatro puntos, con lo que resulta un feston mate.

3.^a—4 ps. s., 1 p. d., dejando dos por medio de la vuelta anterior., 4 ps. s., 1 p. d. pasando dos por medio, y se repite esto todo alrededor, quedando hecha la última vuelta de festones.

Se cosen estas rosas unas á otras por dos de sus festones, con una *aguja fina*, y se comienzan las 3 vueltas que forman el pié de la *puntilla* de este modo.

1.^a—Se ata el algodón á un feston de la rosa, y se hacen * 7 ps. s., 1 p. d. en el segundo feston, dejando uno por medio, 7 ps. s., 1 p. d. en el segundo feston, dejando otro por medio, 12 ps. s., 1 p. d. en el sétimo de estos doce, con lo que resulta una anilla en la cadeneta, 7 ps. s., 1 p. d. en el feston de la rosa siguiente, quedando la anilla de este modo entre ambas rosas.* Se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta.

2.^a—1 p. d. en el centro de los siete puntos anteriores, * 6 ps. s., 1 p. d. en el centro de los siete siguientes.* Se repite.

3.^a—1 p. d. en el centro de los seis ps. * 4 ps. s. hasta llegar á la presilla siguiente, 1 p. d. en el centro de los seis que siguen.*

Esta vuelta que imita á la cadeneta lisa con que principia toda *puntilla*, termina ésta, que se recomienda por su novedad y caprichoso dibujo.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de tafetan de Italia, de fondo blanco y listas malva.

Falda lisa y nesgada, terminada por un volantito tableado de la misma tela. Cuerpo alto y liso, cerrado por delante, y manga justa.

Paletot de encaje negro, abierta la costura de la espalda en su parte inferior: este paletot, de no ser corte á propósito, puede hacerse con tul moteado, poniéndole las aplicaciones de los ramos, entredoses en las costuras y *puntilla* alrededor.

Sombrero de paja de arroz, terminado por detrás con un echarpe de tul, sujeto en el centro por un lazo blanco y una rosa á cada lado, donde el echarpe se une con las bridas de cinta: un cordon de rosas, formando corona, cuyas puntas cruzan y descienden flotantes, le completa.

FIG. 2.^a TRAJE DE CONVITE Ó SOCIEDAD.—*Vestido* de organdí blanco, con viso de color grana, adornado de bieses de este color, orillados de guipure blanco.

Falda muy nesgada y de prolongada cola, adornada por dos bieses estrechos de seda grana, orillados de *puntilla* á los dos bordes, que bajan desde el talle en delantal, se cruzan y continúa cada uno al rededor de la falda en zig-zag con cuadros en los ángulos.

Cuerpo escotado y manga corta con guipures.

Fichú de tul blanco con guipures y bieses, cogidas las puntas con cinturon grana.

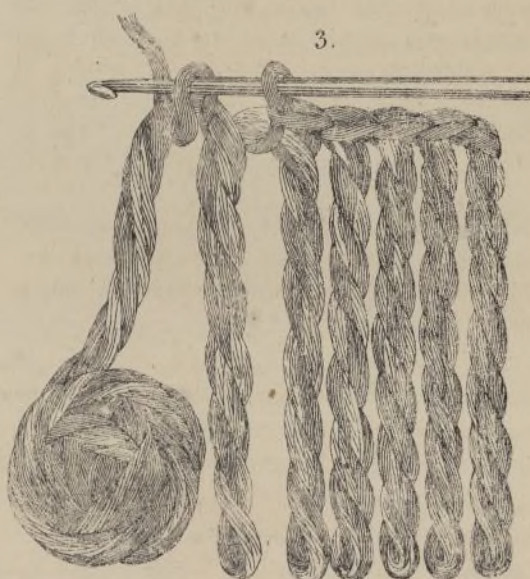
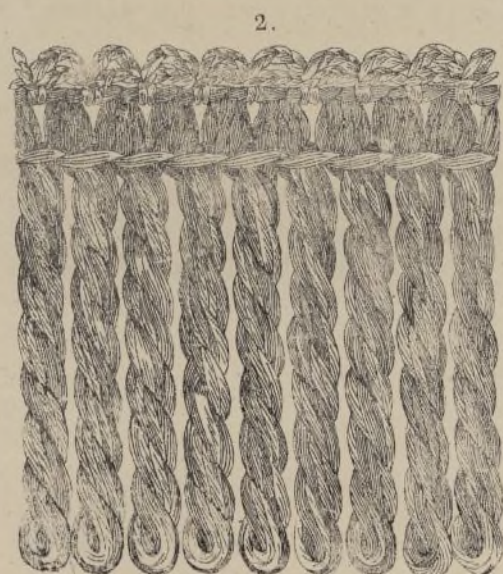
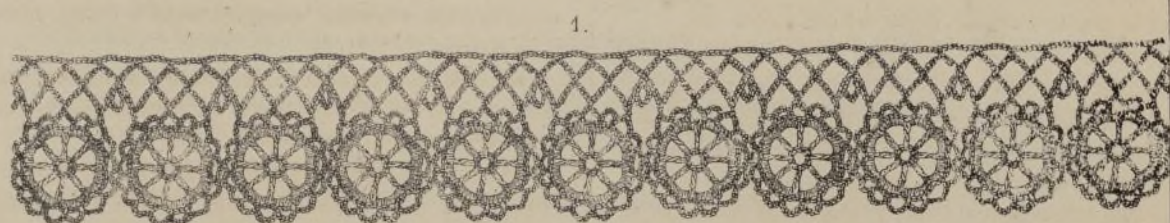
Peinado de dobles bandós rizada la parte superior, y moña alta de cocas; cintas de plata van colocadas en diademas con escarapela por delante, y lazadas con caidas flotantes por detrás, rematadas con borlas.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Julio de 1866.

Lit. de J. Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 50.

MADRID.

Ayuntamiento de Madrid